

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

Publicación decenal con Censura Eclesiástica

FRANQUEO
CONCERTADO

Año IV

«Este precepto os doy: que os ameís los unos á los otros
como yo os he amado.»

(Jesucristo á sus discípulos)

Núm. 99

LA BANDERA

EN el barrio aquel las gentes eran muy sencillas muy trabajadoras, pero víctimas del oscurantismo religioso, de la tiranía clerical; como que iban á misa los domingos, y los chicos al catecismo por la tarde, y los hombres no iban á la taberna, ni *hablaban grueso como debe* hablarse; así que para levantar á este *infeliz* pueblo á la altura de la civilización moderna, para europeizarlo como decían los sabidos en estas cosas, para *vapulearlo, uropizarlo* según los otros, los que aún eran novatos en eso del concierto de las naciones *uuropeas*, decidieron fundar un círculo ó club donde *cabiesen* (palabra del presidente) todos los amantes del progreso y de lo demás que luego veréis.

En el acto se alistaron en la nueva redentora sociedad todos los gandules del pueblo y atraídos por estos, casi á la fuerza, todos los pánfilos, que no eran pocos. Fué nombrada la directiva entre los más *listos* y de presidente se puso, antes que le eligiese la *unanimidad*, un *vivo* muy *vivo* que se cayó allí con su *parla* y sus uñas largas y sucias, como pudiera haberse caído en un pozo de fango, atraído por la simpatía de clase.

Se compraron los enseres necesarios que se pagaron tarde y mal, pero que en el *libro de las cuentas*, lo había para que todos vieran que la cosa iba con la *legalidad requerida*, figuraban á muy subido precio, diferencia que empezó por embolsarse el *dino* presidente para sus gastos particulares..., se comprende.

El día de la inauguración estaba aquello adornado con *sumo gusto y arte*, como dijo el secretario, vago de profesión. En lo que quería ser tribuna destacábase un retrato, con el cristal roto, del tristemente célebre Pi y Margall, debajo de él una estampona de colores chillones que quería representar á la república. De trecho en trecho, mucho follaje, formando guirnaldas; á los asistentes á la fiesta les pareció poco el follaje... y es natural, pero en fin, ello es que hubo follaje bastante para todos.

Habló el presidente y después el secretario y luego otros y luego todos á la vez, lo principal fué que se entendieron en lo de *regenerar* al pueblo hacia el progreso científico para ponerse al ras

con las demás naciones del globo terráqueo dirigible por la magna Naturaleza, como dijo el presidente ó sea el más *vivo* de aquel rebaño, cuna de la reconquista anticlerical, (frase del secretario.)

Para la debida ilustración de los socios se creó una biblioteca en la que figuraban muy pocas obras de artes y oficios; pero abundantísimas de autores heterodoxos, sicalípticos ó pornográficos, blasfemos, anarquistas, socialistas etc, etc.

Sobre la *mesa de lectura* había periódicos de diferentes matices, puesto que allí se respetaban *todas las ideas*; no se pensaba en la naciente sociedad atacar las convicciones religiosas de los socios, anzuelo presentado por el presidente á fin de adquirir más cuotas y en en el que picaron los pocos que quedaban refractarios á este Centro de «recreo é *instrucción*».

Juzgad por vosotros mismos de la sinceridad é imparcialidad en el servicio del *pan intelectual* (frase del secretario). Allí se veía siempre «El Motín» «El País» «El Socialista» «Tierra y Libertad» «Los Sucesos» «España Nueva» «La Saeta», donada por un socio amante de la *ilustración* de sus convecinos, «Cuento verde» y «bandidos célebres», folletos cedidos por el *señor* presidente. Periódicos católicos, ninguno. No se quién en cierta ocasión puso sobre la mesa uno de estos y desapareció al momento.

Por las noches había la *escuela laica*, tomando esta palabra en su peor sentido, donde entre cuatro operaciones aritméticas, mal presentadas y resueltas, un poquito de lectura, la suficiente para enseñar á los chicos á digerir el pasto de la mesa de la biblioteca, mal escribir con peor ortografía, se daban muchos discursos antirreligiosos diciendo que no había más dioses que Pi y Margall y Salmerón (histórico, como todo lo que estoy refiriendo).

Con tales dichos y cosas puede suponerse lo que esperaba á aquel pueblo sencillo y tranquilo.

No tardó este semillero anticlerical en dar sus frutos.

Las jóvenes no se conceptuaban seguras, ni las bolsas tampoco, ni tampoco las vidas. La Iglesia se iba despoblando. Las tabernas haciendo negocio...

Hubo necesidad de poner allí un puesto de la Guardia Civil para contener

tanta ilustración y progreso, y porque ya el barrio había conseguido el *honor* de figurar en la crónica negra de «Los Sucesos».

Los vecinos al principio se asustaban mucho de lo que veían y oían, pero poco á poco fuéronse aficionando á la monserga progresista con sus blasfemias consigüentes y más cuando con motivo de la muerte de una infeliz mujer á quien con engaños de que estaba el sacerdote para llegar la dejaron morir sin sacramentos, se logró hacer un entierro civil imponente á fuerza de comprometer á este y á aquel para la asistencia.

Trató de asistir el sacerdote porque los antecedentes de la finada eran buenos, pero se armó el gran tumulto con los *argumentos* anticlericales acostumbrados, y no pudo ser. Allí, pues, había que ser malo *por fuerza*. La mayoría se imponía, que siempre ha sido fácil atraerse á las masas por el halago de las pasiones.

Una cosa importantísima se echó de menos en aquella gran manifestación laica: el emblema, el lábaro bajo el cual todos deben guarecerse para combatir con más saña á la reacción jesuítica que avanzaba á pasos de gigante (en aquel pueblo no había más que un pobre párroco) y ese *talismán* que á todos los amantes del progreso debía animar á la lucha era una bandera roja que convenía hacer inmediatamente. Y tenía que ser grande, magnífica: de raso.

Todos los socios y los amigos de los socios, por *voluntad expresa* de los mismos, dejaron para costearla un día de jornal.....

Llegó el día de la conmemoración de la Comune, conmemoración que no se olvida nunca á todos los revoltosos del mundo, á todos los hambrientos de *sangre y exterminio* y la bandera ondeó gallarda sobre la ventana del Centro Obrero.

Después, con el motivo más fútil, bandera al mástil; la cuestión era *lucir el trapo*, embaucar á los cándidos.

Corriase por el Centro que aquella bandera estaba hecha con un estandarte magnífico que desapareció cierta vez de la iglesia del pueblo, pero ¡bah! calumnias de los reaccionarios, porque, si bien no se sabía á punto fijo quién la había construido, ello era que figuraba en el libro de las cuentas. apuntada por el presidente con un coste de 200 pesetas.

Más ¡ay! que en este mundo lo bueno muy poco dura. Sucedió que un día que se quiso llevar el pendón rojo á un mitin contra las ordenes religiosas (el mal siempre en lucha con el bien) la bandera no parecía por ninguna parte.

Unos dijeron que los clericales la habían robado y se apedrearon las casas de los pocos clericales que había en el barrio. Otros que se había vendido para pagar ciertas deudas de la sociedad y todos callaron porque tenían confianza plena en la Directiva y en su presidente. En esto hubiera quedado la desaparición del trapo si un espabilado, (escasean en estos centros) no hubiese dicho que se le figuraba habérsela visto al presidente arrollada á la cintura.

«Sí, es verdad que la llevo yo, contestó con arrogancia el *dino* presidente al ser interrogado por algunos atrevidos, pero de esto os daré una explicación terminante á todos esta misma noche.»

El local se llenó de bote en bote. ¡Como que iba á hablar el presidente y de la bandera nada menos!

Y habló y dijo en sustancia, después de trinar contra los frailes, contra la explotación de la Iglesia y de los burgueses, contra todo lo divino y lo humano.

«Yo, mis queridos consocios, amo á esta sociedad, con un amor sin límites: por ella y para ella son todos mis desvelos, mis entusiasmos, mi salud, mi vida, mi libertad; por defenderos en aquella huelga sabéis todos que estuve preso unos días, (fué por una estafa, sólo que esto no lo sabía el auditorio); pues bien, efecto de estos mismos amores por vosotros y por este Centro, es que yo quiero vivir siempre unido á esta bandera roja, dijo desabrochándose y enseñando la faja, es que yo quiera más vivir siempre ceñido á ella que no verla pendiente de un palo, estado denigrante, ¿Qué, no habéis de perdonarme esta locura de amor redentor? Si es que os disgustais, la volveré á su puesto, cederé lo poco que me dais para mantenerme, á fin de dejar las cosas como estaban, (no pensaba tal) pero entonces lloraré la ausencia de bien perdido y vuestra ingratitud..... ¡y lloró el grandísimo comediante!

Los aplausos y los vivas al *dino* presidente fueron atronadores.

Una voz por todos dijo: «Seguid con nuestra bandera de faja ¿qué mejor puesto de honor?»

Y siguió con ella, ahorrándose el comprar otra.

Y siguieron todos dejándose explotar por sus *redentores* y..... Lo que dice la Sagrada Escritura: «El número de los necios es infinito.»

J. O. F.

Del matrimonio

VI

Deberes recíprocos de los casados. —Deberes especiales de la mujer

Pero, lejos de aprender con el ejemplo de los demás, se precipita, por decirlo

así, en los mismos infortunios, se condenan, á la suerte común á todas esas jóvenes, tristes víctimas de una educación viciosa, á quienes no se ha sabido guiar por el camino de la virtud y de la felicidad, y que tan cruelmente frustran las esperanzas y el orgullo de sus padres. Véase qué sistema se adopta en las clases acomodadas de la sociedad: apenas la niña está en edad de estudiar, no se cuida de presentarle las sanas lecciones de los moralistas severos, de someterla al saludable yugo de la religión, de convencerla de la importancia de sus preceptos: se le dan, sin embargo, las instrucciones cristianas: se le dispone para su primera comunión: pero como para una acción meramente humana, que sería insólito y ridículo desatender, y de que es preciso desembarazarse cuanto antes. El fondo de la educación, para ella, es recorrer hábilmente con los dedos las teclas de un piano, dibujar un país ó una cabeza, determinar á qué grado de longitud están situadas las islas Molucas, y en qué tiempo vivió Semíramis ó César. Cuando puede responder tal cual á estos varios puntos, entonces su vanidad no conoce límites: sus padres obcecados la llenan de parabienes, la atontecan con sus desmedidos elogios. ¿Cómo se ha de dignar luego obedecer una orden, escuchar un consejo? En seguida vienen los bailes y los conciertos: llévanla, palpitante ya de amor propio, al seno de aquellas asambleas, verdadero reino del amor propio; allí su papel es agrandar, conquistar voluntades y lisonjeros cumplidos, eclipsar á sus rivales, es decir vencerlas en tontería y vanidad. Y la madre, de vuelta á casa con su hija, se felicita de sus triunfos, que ella llama inocentes, porque, dice, yo estaba allí, y estoy segura de mi hija. ¡Desgraciada! ¿estabas en su corazón, y sabes qué estragos han hecho en él las insensateces, los vanos elogios que ha oído? Siembras en ella una nueva pasión, una vanidad más: la de la presunción....

Ya han hablado su corazón y sus sentidos; ya se acerca la estación de las borrascas.... ¡tiembla!

Así pasan los años de la adolescencia en medio de toda especie de fruslerías: así termina la educación de una señorita.

Desde su niñez ha caminado de quimera en quimera; no concibe que haya más que una cosa importante en el mundo: divertirse y agrandar; no tiene más que un goce, y es que la adulen; por conseguirlo, no hay artificio que no emplee. Así la entregan á un marido, ligera, antojadiza, insustancial, ansiosa de distracciones, incapaz de apreciar en su justo valor las vanas alabanzas que recibe, y de despreciar aquellas embusteras exageraciones, de que se ríen los mismos que las prodigan con tanta complacencia. En esta situación ¿está bien preparada para llegar á ser una madre de familia, comprender la dignidad de su nuevo título y llenar la esperanza de un esposo? Así es que, cuando á los días de fiesta y diversiones que señalan el principio del himeneo, han sucedido para el esposo los días de trabajo y de-

sasosiego, su mujer, siempre la misma, frívola y descuidada, sueña todavía con las ilusiones de que se sustentó en edad juvenil y con las miserias de la vanidad; pronto, esclava de sus gustos, se lanza en el desorden.... y la hora del infortunio ha llegado para ambos esposos,

En las clases más humildes de la sociedad, en la familia del artesano y del labrador, se agitan las mismas pasiones, y la explosión es todavía más pronta y el estrago más terrible, en proporción de la mayor libertad que se da generalmente á las jóvenes en la clase del pueblo, y de la ignorancia que los caracteriza.

La muchacha, al salir de la escuela, donde no adquiere más que algunas nociones informes, tiene que dedicarse á un trabajo manual, ya ayude á sus padres en su profesión, ya la confíen á manos encargadas de formarla para las ocupaciones que debe conocer una mujer.

Muchas veces aquellos á quienes la confían, son personas inmorales que no se avergüenzan en iniciarla, con sus ejemplos y sus palabras, en los vergonzosos secretos de la disolución; muchas veces, aún en el asilo de la casa paterna, se entrega á la lectura de obras licenciosas, y pasa sus horas de recreo en compañía de jóvenes groseros y libertinos: sus padres mirarían como un quehacer demasiado penoso, la exacta y rigurosa vigilancia de su hija; la abandonan á sí misma; dándole como para descargo de su conciencia, algunos consejos muy vagos y que son olvidados muy pronto. Ya no oye aquellas exhortaciones de un respetable pastor, aquellas recomendaciones de permanecer fiel á la gracia y de no faltar al honor; á ejemplo de sus padres, se ha alejado de las prácticas religiosas, y la religión, única y verdadera salvaguardia de la moral, no tiene ningún dominio sobre ella. ¡infeliz! no tardará en perderse...

¿Así se trasmite la desgracia, de generación en generación; triste herencia que la errada educación de las mujeres lega primero á los padres, y luego á los hijos!



Las asociaciones profesionales obreras

Es un hecho que hay que aceptar con toda su desgraciada realidad, pero con su provechosa experiencia, que, ó no existen en nuestro país asociaciones profesionales obreras, ó si las hay, están casi todas en manos de ciertos elementos directores que las imponen determinado matiz revolucionario, haciendo que lo que siempre debió ser asociación para el perfeccionamiento de la clase trabajadora, venga á ser más bien máquina de guerra, á tontas y á locas, sin que consigan los que en tales sociedades ingresan otra cosa que la malquerencia de la opinión, y la desconfianza de los mismos trabajadores que ven en la asociación revolucionaria un entorpecimiento para la satisfacción inmediata de sus más legítimos deseos.

Y esto es así no por esa cantinela, que por tan repetida nadie hace caso de ella, de que el obrero cree y espera en las reivindicaciones socialistas: á eso nadie hace ya caso y los obreros conscientes, serios, lo desprecian con gesto de desengañados.

Y no es que el obrero no crea en la asociación, antes al contrario, es indiscutible que solo en la asociación ha de encontrar satisfechas sus justas aspiraciones: lo que hay es que al ingresar en la sociedad de resistencia, cree que realmente en ella se trabaja por el obrero mismo, y lo que sucede es que se trabaja para encumbrar á unos pocos mangoneadores que mediante la falsa representación obrera que ostentan consiguen satisfacer ambiciones personales que de otro modo verían defraudadas.

Hay, pues, que dar de mano á las sociedades de resistencia antiguas, charreadas, inservibles, y adaptar á nuestro país las modernas asociaciones obreras sobre la base profesional, en las que alienta el espíritu de fraternidad cristiana y de la caridad, en vez del de odio y de resquemores que en aquellas impera.

Hay que asociarse, sí, pero reuniéndonos los obreros de un mismo oficio ó profesión con el fin de promover y defender nuestros intereses profesionales, económicos y morales.

UN OBRERO.

CHARLA

—Mírelo, mírelo allí, sentadote sobre aquella mesa discutiendo de todo lo divino y lo humano ante unos cuantos que le oyen embobados. Y eso todas las noches.

—¿Quién, aquel gordinflón?

—Sí, el mismo. Es una cuba llena de vino.

—Y vacía de sentido común; le conozco bien.

—Pues si viera V. con qué credulidad le oyen esos otros....

—No me estraña. Ya lo dijo el gran Donoso Cortés: «En el mundo todas las barbaridades y todos los absurdos y especialmente si se demuestran con otras barbaridades y otros absurdos, se llevan de calle á las muchedumbres.»

—Váyales V. á esos conque lo que ahí oyen son barbaridades y absurdos.

—Pobrecillos. Así se embrutecen ellos. ¡Pues vaya una cátedra que fueron á elegir para ilustrarse! Vamos, entra conmigo. Ayudaremos al profesor á poner en claro los puntos oscuros.

—Pero..... ¿cómo?... ¿Va V. á entrar en la taberna?... ¿V. que nunca entra?

—¿Qué más da? A lo que voy no es á satisfacer ningún vicio ni á dar siquiera mal ejemplo.... verás.

Buenas noches, señores. Oiga V. tabernero sírvanos dos vasos de vino.

—¡Rediez, tío Raspa, muy mala me pusiste hoy esta tortilla de chorizos.

—Fíjate, y tiene á su familia poco menos que muerta de hambre.

—¿Le conoce V.?

—Sí, por eso entré, pero él no me conoce á mí.

—Pos como os iba diciendo, todo eso de la Iglesia es un saca cuartos y un engaña bobos, pero lo que es á mí ni me sacan un perro ni me engañan. Mi mujer era al empecio cuando nos casamos mucho de la iglesia, hoy, gracias á mis argumentos, ya no cree en ná de curas ni de frailes....

—¡Me futro en diez. con los chorizos estos, ni que fueran de burro! Allá va un cura ¿á quién irá á engañar? A algún niño infeliz ó á alguna mujer boba... ¡Ufl cuándo vendrá la república que nos eche toa esa peste de España.... Entonces, entonces sí que viviríamos á nuestras anchas, sin haber tuyo ni mío, de juerga en juerga, de pítima en pítima....

—Pero es que sin trabajar.... ¿quién nos lo diba á dar?

—Trabajarán pa nosotros los clericales, so borrego. Tú no entiendes de estas cosas. ¿Qué sabes tú de política, ni de jorispodencia? Eso yo que estudié de pequeño, y de grande después, en una academia de *taromaquia*. Tavía me acuerdo que una vez que salía nos del estudio, pasaba una monja y nos pusimos á torearla con más serenidad que el Tato. Si fuera hoy hasta la puntilla le hubiera dado yo, pa que no quedase casta de esa ganadería. Oye, Raspa, traeme dos riales de queso y otra botella de vino, y apunta pa el sábado que cobro.

Bueno, volvamos á la discusión esa de los *domas* de la Religión que me ojeaba ese antes. Toos son falsos.

—Una pregunta, señor mío, si me la permite.

—No le conozco á V. como parroquiano de esta tertulia.... pero no importa, soy tolerante como buen republicano. Diga V. compañero.

—¿V. conoce los dogmas de la Religión cristiana? ¿Los ha estudiado? Yo desearía conocerlos, contando con su amabilidad, franqueza y *basta* ilustración.

—Los *domas*... No, señor, no los he estudiado, por que no malgasto el tiempo en saber tonterías.

—Muy bien, entonces sin haberlos estudiado ¿cómo dice V. que son falsos? yo creo que esto es manifiesta contradicción.

—¿Cuál?

—El decir que es falsa una cosa que no solo no se la ha estudiado sino que ni se la conoce siquiera.

—¡Calla, calla, ¿á que tenemos aquí un caballero que me se quiere subir á las barbas?

—¿Me va V. á negar la libertad de argüir á un orador?

—Es que si yo no se bien *cuálos* son los *domas*, saben que son falsos autores mu respetables y esto me basta ¿sabe usted?

—¿Y quiénes son esos autores? ¿Sin duda enemigos declarados de la Religión católica?

—¡Por supuesto!

—Pues vaya un modo de sentenciar

pleitos. Oyendo nada más que á una de las partes y ésta la enemiga. Lo racional, lo justo es oír el pro y el contra de una causa y después juzgar, que es lo que hacen los católicos, ó la Iglesia como V. quiera; Por eso ella sabe bien lo que manda y defiende y Vds. no saben lo que se pescan. Se llaman incrédulos y creen á pies juntillas, lo que cualquier botarate les predica. ¡Cuánta listeza!

—Pero nosotros somos más positivistas que los católicos ¿verdad, vosotros? Tú, Raspa, traeles á estos un vaso de vino por cabeza, yo pago.

—Hace bien *conquistar* así á las *masas*, pero no le vale.

Verdaderos positivistas los católicos; ellos militan en una sociedad, la Iglesia, que predica el bien, el amor al prójimo y lo práctica, testigo sus innumerables instituciones benéficas, sus hechos admirables sin rival en la historia. En cambio ustedes, los positivistas postizos se conforman con la oratoria huera de cuatro charlatanes que prometen trigo y dan paja ó nada. Ustedes dejan la felicidad cierta, positiva que da el cumplimiento de los deberes religiosos por una felicidad imaginaria, y tan imaginaria, como que nunca llega. ¡Me río yo de tales positivistas!

—Paréceme que V. ha venido aquí mandao por los Jesuitas pa llevarme la contraria.

—Entré aquí por mi propia voluntad como V. y además para poner las cosas de V. en el punto que le corresponden ¿qué, no soy libre para ello?...

—Si, señor, si. Libertad para todo.

—Menos para el error.

—Pero con sus *argumentos* no conseguirá V. llevarme al gremio de los fanáticos y de los hipócritas, ni á estos tampoco ¿verdad valientes?

—No lo conseguiré porque ya está V. en él.

—Explique esas palabras, ciudadano.

—Fanáticos son los que defienden el error con tesón como V. aquí ahora, sin hacer caso de los argumentos de la verdad. Los católicos no defienden el error por tanto no soy fanáticos. Defienden la verdad y por ella morirán si es preciso. Los católicos no son hipócritas porque predicán el bien y lo practican. En cambio V. es de los hipócritas que aparentando mucho catolicismo en unas partes en otras se las echan de cleróforos.

—Miente V.

—V. sí que miente aquí y allá. En esta taberna y en casa del amo donde trabaja, que es un buen cristiano, y cree que V. también lo es, al verle tan recogido en misa muchos días, y tomando la papeletita que le da él del Apostolado y hablando de Religión, como un bendito. ¿Quiere V. más detalles? pues aún se los puedo dar. Conozco su vida más de lo que V. se figura.

—Me marchó por no poder soportar tales disparates.

Tío Raspa, el sábado vendré á pagar todo mi gasto. Adios....

—Recontra, cualquiera diría que nuestro famoso orador era un farsante.

—Es un ejemplar que abunda, amigos míos, por eso una y mil veces os repetiré: ¡Cuidad bien á quien oís. En el mundo hay muchos vividores que lo pasan bien á costa de los *incrédulos* crédulos ¿entendéis?

Ellos dicen lo que les conviene y callan lo que les perjudica y como vosotros les ayudáis con vuestra confianza, no queriendo saber más que lo que oís á ellos de aquí que tengáis una idea muy equivocada de lo que es la religión y de lo que son los católicos.

Abunda otra especie de *hipócritas* *antifibios* que si ante los buenos parecen unos santitos, con los malos son capaces de soltar los mayores disparates para que se les tenga por *hombres del día*, por *espíritus fuertes*. De estos tiene mucho el que acaba de abandonarnos.

Nada más me resta que deciros, amigos míos, procurad ser en lo sucesivo más precabidos que es muy feo dejarse engañar como unos tontos.

.....
¿Qué te ha parecido la conferencia, compañero? ¿hice bien en colarme en esa guarida?

—Le diré. No siempre las cosas acababan así,

—Ya lo sé; lo más frecuente es que acaben á trastazo limpio, por eso el chigre no es muy apropiado para discusiones á buen fin. Cuando no es la navaja es el vino lo que priva á la razón de quedar en el lugar debido.

Hasta otra y que descanses.

—Igualmente.

En el próximo número

El Socialismo en España

Diálogo de actualidad

Pero venga usted acá: ¿no reconoce usted que esos rotativos anticlericales son una calamidad? —Sí, señor.—¿No afirma usted que mienten como chinos, que cuentan las cosas de la manera que les dá la gana?—Sí, señor.—¿No dice usted que combaten á los Obispos porque son curas, etc., etc. sin que tengan para ello ninguna razón digna de cuenta?—Sí, señor.—¿No confiesa usted que emprenden campañas, sólo por hacerse interesantes para que los lean los tontos, por vender números, sin fijarse el que con esas campañas desprestigian á la autoridad, trastornan los espíritus y siembran por todas partes el desasosiego?—Sí, señor.—Pues entonces ¿cómo se explica que usted, reconociendo todas esas cosas, compre y lea diariamente *El Imparcial*, el *Heraldo*, el *Diario Universal*, *El Liberal*, y los otros del mismo género?—Pues, porque... —Porque vivimos en pura farsa nos engañamos á nosotros mismos, nos falta firmeza de carácter somos víctimas del convencionalismo y no tenemos valor ni virtud para mortificar la curiosidad insana con que el demonio nos tiene cogidos á la lectura de sus órganos en la prensa. Rompamos esas ataduras, tengamos carácter cristiano y acabaremos con esa farsa de periodismo impio, negándole nuestra cooperación, como lo dicta la razón y lo aconsejan los Prelados en valientes circulares, de las que se quejan amargamente los rotativos.

Gamino del cielo

Cuando era niño dije á mi madre: «¿De dónde vengo y adónde voy?, Y ella sonriendo: «Del Cielo vienes y vas al Cielo,» me respondió,

Pasaron días, pasaron años... Salí sonriendo de aquella edad, y de otra vida, llena de flores, entre sonrisas pisé el umbral.

Crucé jardines llenos de aromas y ví horizontes llenos de luz; soñé con lauros para mi frente, entusiasmado pulsé el laúd.

Y como estaba mi alma tan pura como del soplo de Dios brotó, canté, pensando siempre en mi madre: «Del Cielo vengo y al Cielo voy.»

Pasaron días, pasaron años... Mis alas de ángel busqué una vez, y ni mis alas ni mis ensueños ni la pureza de mi alma hallé.

Los ricos lauros que ambicionaba para mi frente, marchitos ví, y con las sombras del horizonte ví confundido mí porvenir.

Huyó de mi alma la fe del niño y al ver vacío mi corazón: No sé, decía desesperado, «de dónde vengo ni adónde voy.»

Pasaron días pasaron años; años sombríos, días sin sol... Fuí por el mundo sin luz ni guía, sin esperanza, sin fe ni amor.

Una mañana ví azul el Cielo y el horizonte lleno de luz, y entre las sombras de mi existencia apareciste radiante, tú.

Me diste calma con tu sonrisa, con tu mirada me diste fe, dióme pureza tu amor purísimo, y lauros quise para tu sien.

Por eso creo, por eso canto y quiero gloria, y siento amor, por eso digo cuando te veo: «Del Cielo vengo y al Cielo voy.»

F. C.

NOTICIAS Y COMENTARIOS

Entre los protestantes honrados é instruídos ha empezado la marcha acelerada (el *dispersit*) hacia las filas de la Iglesia católica. Hoy damos cuenta á nuestros lectores de un testimonio que no se puede recusar, puesto que es dado por los mismos protestantes.

Véase lo que dice *La Revista Católica* de las Vegas.

«Un episcopal de Filadelfia que se queja de cambio injusto de conversos entre la Iglesia Católica y la Episcopaliana, tiene por cierto razón de su lado. Escribiendo en el Boletín de aquella ciudad, dice:

«Algunos de nuestros correligionarios de mayor estima se están pasando á Roma, mientras nuestros Obispos están altercando sobre políticas ó procurando conseguir aumentos de salarios para provecho de sus elegantes esposas é hijas.

»Los profundos pensadores, los que han dejado todo por Dios nos están abandonando para acogerse á una religión cuyos Obispos parecen estar más interesados en la promoción de la gloria de Dios y del provecho espiritual de su clero y pueblo, que en el fausto y política. No es jus-

to que Roma se gane para sí la flor de nuestro clero, y nos dé en cambio los desechos del suyo».

Este corto párrafo se presta á reflexiones muy prácticas. Viene del lado opuesto y por lo tanto no es nada sospechoso.

¿Véis quiénes son los que se hacen protestantes? No se pasan al campo enemigo por convicciones, ciertamente, sino para poder marchar por el camino ancho. En cambio, por testimonio de los mismos protestantes, los más escogidos, los más íntegros, los más instruídos de sus sectas son los que abrazan la Fe católica.

Ejemplo de piedad de la Reina Natalia de Servia.—Durante la pasada Cuaresma, la Reina Natalia de Servia fué á Sain-Sever á visitar á una familia conocida, no aceptando de ésta más que una taza de té, pues no comprendía que en tiempo de ayuno pueda hacerse otra cosa.

Como al visitar la iglesia se hallaba confesando el párroco, no quiso molestarle, y prometió volver otra vez.

Invitada á ir á la Escuela de Agricultura, y enterada de que el local en que se hallaba instalada había sido una iglesia de Benedictinos, se negó á entrar en dicho edificio de tal suerte profanado.

BIBLIOGRAFIA

Junto con «La Paz Social» de Abril hemos recibido el volumen primero de «La Propaganda Agrícola» titulado «*Cartilla Agrícola por J. de F. ingeniero agrónomo*».

Dicho opúsculo está presentado con preguntas y respuestas que hacen más comprensible el importante asunto de que trata. Es utilísimo,

«La Acción Social Católica» Boletín mensual que se publica en Tarragona, ha visitado nuestra redacción solicitando el cambio.

Con mucho gusto.

Hemos recibido el primer número del Boletín del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Gijón.

Correspondemos al cambio y agradecemos el envío.

Para el «Festival Gimnástico» que se celebró el 9 del actual en el acreditado y antiguo colegio que en esta villa dirigen los RR. PP. Jesuitas hemos sido atentamente invitados, atención que agradecemos mucho.

Dicho festival fué un verdadero acontecimiento por lo que á profesores y alumnos felicitamos cordialmente.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Sr. D. C. M.—Portugalete.—Anotada suscripción y recibido importe.

C. C. de O.—Nájera.—Pagó hasta fin del año actual.

S. O. S.—Baracaldo.—Id. primer trimestre.
Sr. D. E. M.—El Royo.—Id hasta fin de Abril 1910.

Sr. D. B. C. P.—San Juan de Parres. Id. id. id. id.

Sr. D. F. L.—Cangas de Onis.—Id. id. id. id. id. Febrero 1910.

Sr. D. L. C.—Palencia.—Recibida libranza. Le escribimos con fecha 17 del actual.

Gijón.—Imp. «Popular», Riera y González